

apartarse del gremio de la Iglesia y, por consiguiente, anegarse en las generales aguas.

Extendiéndose, pues, en este Reino, cada hombre con su mujer y hijos por diversos ríos y montes, por gusto suyo y por más largamente darse á sus vicios y seguir sus pareceres, hallando cada día diferentes puestos, árboles y plantas de las que no habían visto, unos por unas y otros por otras partes, fueron confundiendo la lengua propia en tanta diversidad de ellas, que parece que la fábula de Ovidio, que cuenta de la hidra que Hércules mató, á quien, cortándole una cabeza, de siete que tenía, le nacían dos,¹ se puede entender por esta gente, que, divisa, cada parcialidad formó vocablos, corrompiendo los nativos, que una ranchería á otra no se entendían, aunque no fuera mucha la distancia de leguas que habitaban [siendo tanta, que son sin número;] y no hay que espantar que en tan poca distancia perdiesen tanto de su lenguaje, pues menos había entre los fabricantes de la soberbia torre y permitió Dios la confusión de lenguas, y viendo no se entendían los unos con los otros, fué forzoso dividirse á diversas regiones, castigo justo á su soberbia por seguir su gusto solo. Así estos bárbaros, difusos por estos bosques, perdiendo el lenguaje, perdieron también el conocimiento que podrían tener de la creación del mundo, quedando en la ceguedad é ignorancia que han tenido, y hoy, por voluntad de Dios ó justo juicio suyo, les dura, con menos esperanzas de su conversión hoy, que á los principios. Cuentan á este propósito el P. Acosta² y Henrico Martínez,³ que, caminando los mexicanos del Norte, donde

¹ Ovidio, lib. 7, 9 Methamorfosis.

² Joseph Acosta 70, cap. 4.

³ Henrico Martínez, cap. 11, trat 42.

vinieron, pasaron por la Provincia de Michoacán, y queriendo, por su fertilidad, quedar allí á poblar, no lo consintió su ídolo, permitiéndoles el dejar alguna gente que lo hiciese, y buscando modo para hacerlo, porque de no estar todos, no quería nadie poblar, aguardaron á que entraran á bañarse á una laguna muchos hombres y mujeres, y entrados, les hurtaron la ropa, y sin ser vistos, prosiguieron su viaje, y habiendo salido los del baño, no hallando su ropa y viendo la huída, se enojaron y conchabaron á no seguirlos en camino ni religión, y se juramentaron á mudar lenguaje, y así lo hicieron, y siendo á éstos fácil, más lo sería á los de este Reino, por ser más divisiones de menos razón.

CAPITULO VI

DEL MODO DE VIVIR DE ESTA GENTE.

Entre todas las naciones del mundo que hasta hoy se ha sabido, no ha faltado la virtud de la justicia, de la cual depende el vivir políticamente, pues de ella nace el gobierno por donde se rigen las repúblicas, castigando agravios y premiando virtudes, con que parece tienen enfrenados los súbditos con aquel temor, á la cual llama Aristóteles¹ virtud social, y de necesidad le han de seguir las otras virtudes, como, á la contra, la injusticia es causa de enemistad y discordia. Demóstenes dijo que, como el cuerpo sin alma es forzoso caer, así la república sin gobierno ha de caer á un abismo de confusiones y se ha de aca-

¹ Aristóteles, Política 3, cap. 8.

bar. De esta justicia, que es fuente de todas virtudes, nace el gobierno de las repúblicas, el cual es en tres maneras: monarquía, aristocracia y democracia; monarquía consiste en el gobierno de uno, como del rey; aristocracia, en el de algunos pocos, como los senados; democracia es el de todo el pueblo en común. De estos tres es el mejor aquel que menos cabezas tiene, así como la monarquía; éste, pues, para la confusión de muchas gentes, se ve al vivo en las abejas, conociendo y reverenciando á su rey, como á señor natural suyo.

De ninguno de estos tres gobiernos gozan estos habitantes de este Nuevo Reino, pues por experiencia se conoce viven la vida bestial, sin política, teniendo el gobierno cuarto que pone D. Fernando Pizarro, llamado anarquía. Habitan por montes en *bajíos*, mudándose de una parte á otra, dividiéndose ó juntándose las familias como se les suele antojar, sin tener entre ellos reconocimiento ni temor, más que los brutos, ni se guardan aquel respeto que por orden natural tenemos á nuestros padres, siendo tan presto los hijos en burlas y veras á abofetear al padre y madre, como ellos lo podían hacer á sus hijos, de que ni se avergüenzan ni se corren. La mayor congregación [que se llama ranchería] que hacen, suele hallarse de quince chozas á modo de campanas; ésas las forman en hileras ó en media luna, fortaleciendo las puntas con otras dos chozas, y esto es mayormente cuando tienen guerras, que cuando no, cada familia ó rancho, ó dos juntos, andan por los montes, viviendo dos días aquí y cuatro acullá; mas no por esto se ha de entender, salen del término y territorio que tienen señalado con otra ranchería; si no es con su consentimiento y permiso, en cada rancho ó *bajío*, y

vienen ocho ó diez, ó más personas, hombres, mujeres y niños; y, así, esta gente no merece nombre de república, sino de confusión, viviendo cada uno á la ley de su antojo y gusto, y son tantos como hombres hay entre ellos; dejándose llevar este furioso caballo desbocado, sin sujeción de freno, á despeñar al abismo en que al presente le vemos, diciendo, por él, Cristo: el Reino divisó, fácilmente será asolado.

CAPITULO VII

DE LAS COSTUMBRES DE ESTOS INDIOS; CONDICIÓN Y FIEREZA.

Toda esta gente, como tengo dicho, carece de ley, rey y señor, y por consiguiente, de todo género de política, por lo cual viven en unos *bajíos* de zacate ó carrizo, á forma de campana, con poco menos hueco que el que hace un pabellón de seda; las puertas son bajas, que les obliga á entrar agachados; en medio tienen de ordinario lumbré, no tanta que les obligue á salir del *bajío*, ni tan poca que el invierno les cause frío; ésta más la tienen por costumbre, que por necesidad de luz, pues á ellos lo propio es estar á oscuras¹ que llenos de humo; duermen en el suelo, con algún heno ó zacate á la cabecera, y algunos con algún mal cuero de venado, si lo tienen. Es gente muy puerca; no usan el barrer y toda la porquería está, así en el rancho como fuera de él, y es vergüenza y causa asco y horror llegar á una ranchería, según las inmundicias (que) hay y heden-

¹ Equivalía antiguamente á oscuras.—G. G.

tina, pues suele un hombre apenas hallar donde poner el pie; no se lavan las manos, y, caso que se bañen, más es por refresco que por limpieza; cualquier parte del cuerpo le tiene(n) de manteles.

Andan los varones desnudos, en carnes, y tal vez se ponen unas suelas en los pies, atadas con unas correas, que llaman cacles, para defensa de las espinas; los cabellos largos, traen caídos atrás, con una correa de venado, que les da la punta á las nalgas, ó sueltos, como más quieren; pñntanse las caras en general, cada nación con diferentes rayas, y otros todo el cuerpo, á la larga, atravesadas, derechas las rayas, ó ondeadas, cual suele estar la tireba; algunos tienen, de la coronilla á la frente, pelado y rayado, que nacen las rayas de las narices: llámanlos calvos ó pelones; y esta parte pelada, unas naciones la tienen más ancha que otras, pero todas muy lisa, de arte que, apenas apunta el vello, cuando lo quitan, que parece, según está aquella parte, que el artificio ha convertido en naturaleza y que no podrá nacer cabello; mas nace, si lo dejan. No difieren las indias de ellos, en las rayas muy poco, ni en lo demás; ellas cubren sus partes deshonestas con heno ó zacate ó unos torcidos que hacen de cierta yerba, como lino, y sobre eso suelen, las que lo tienen, ponerse, como faldellín, un cuero de venado atrás, y otro adelante; éste, más corto, que da á las espinillas; aquél les arrastra un palmo, del cual cuelgan cuentas, ó frisoles ó, frutillas duras; ó otros géneros de caracoles ó dientes de animales, que hacen un ruido al andar, que tienen por muy gran gala; suelen traer otro cuero colgado al hombro, como cobija. Otras naciones se visten, hombres y mujeres, con unos zamarros hechos de pellejos de conejos, torcidos, de forma que cada pellejo hace un hilo; y muchos

de éstos, juntos, al modelo del de San Juan Bautista, echánselo al hombro; ellos usan de arco y flecha, que, así al hacerlas como al tirarlas, son diestros; usan llevar con el arco un palo arqueado á forma de catana¹ de Japón, que, demás de servirles de arrimo en pie, de cabecera durmiendo, les sirve de azadón ó barreta para sus necesidades.

Es gente cruel, feroz naturalmente, vengativos y guardan mucho tiempo el enojo. De buenas estaturas, muy ligeros, que andan y corren como un caballo; bien agestados; algunos abujéranse las orejas y ternillas de las narices, donde se meten palos, plumas ó huesos, por gala; otros se abujeran el beso (sic por befo). Son de corta capacidad, sin ningún discurso, prontos á hacer cualquier mal ó traición, y si hallan ocasión, no la pierden; inclinados á hurtar; es gente mentirosa, vana y enemiga de todo lo criado; no cultivan la tierra, ni siembran; viven libres, en ociosidad, raíz de todos los males en que están sepultados.

CAPITULO VIII

DE LAS COMIDAS DE ESTAS GENTES.

Son tan extraños en el comer las gentes de este Reino, que si con atención se notan, diferencian, como en la condición y trato, de todos los demás hombres del mundo. Las comidas generales suyas son, el invierno, una que llaman *mezcale*, que hacen cortando las pencas á la lechuguilla; y aquel corazón, con el principio de ellas, hacen en bar-

¹ Antiguamente servía de nombre á una especie de alfanje usada en el Japón.—G. G.

barcoa; dura dos días con sus noches en cocer; y aquel jugo y carnaza comen, mascándolo y chupándolo; tiran las hebras, por encima de lo cual andan y duermen, y esto dura mientras el tiempo no calienta, porque entonces se les daña; faltándoles la comida, las vuelven á coger, pisadas, y resacas al sol, las muelen en unos morteros de palo, de que usan en general, y aquel polvo comen. Esta comida es caliente, no de mucha substancia, pues en este tiempo andan flacos y *agalgados*; es purgativa; cómenla caliente y fría, como más les agrada; puede guardar muchos días. El verano, y desde que empieza á brotar el nopal, lo comen; la flor de la tuna y la misma tuna pequeña, en barbacoa, que hay gran copia en toda la tierra; esto les dura mientras no madura, que entonces los hombres traen una redecilla cada uno, con que la cogen, limpian y comen con mucha facilidad, no desechando más que el hollejo, bien chupado; de ésta hay muchos géneros, unas mejores que otras, y todas malas, pues la mejor no llega á la peor de la Nueva España; hacen su pasa de ella, unas veces entera, otras partida á la larga, tendidas al sol en algunos petates ó en el suelo. Comen por este tiempo el mezquite, que hay en abundancia; cómenlo desde que empieza á sazonar hasta que está seco, y entonces lo muelen en sus morteros, y aquéllos guardan, uno cernido, otros con pepitas, y puesto en unos petatillos, á modo de costales, hechos á propósito, ó en nopales abiertos: llámánle *mezquitamal*; es comida de muy gran substancia, caliente y seca; hácelos engordar en este tiempo. Hay muchos géneros de frutillas silvestres, que no faltan en todo el Reino, de manera que, el verano, comen las frutas, el invierno, las raíces, y

entonces andan como puercos, osando (sic) el campo por sacarlas, y traen muchas.

Donde les coge la noche, duermen; hacen lumbré donde quiera, estregando unos palos con otros con mucha facilidad. Son grandes cazadores y, así, cuando salen, no dejan cosa viva; corren como un venado; la carne del cual es la mejor que tienen, y, en matándolo, lo dejan, y envían á sus mujeres, otro día, por él, y ellas por el rastro lo hallan y lo traen; es suyo del cazador el cuero y no come de la carne; repártense entre todos. No hay ave ni animal que no comen, hasta los inmundos y ponzoñosos, como son culebras, víboras, ratones y de los demás, excepto el sapo y la gartija. Son, así ellos como ellas, grandes pescadores; pescan de diversos modos, con flecha, encandilando el pescado de noche, con redes, entrando á buscarlos á sus cuevas; hácenlo en barbacoa con tripas, y suelen (sic), de dos días de muerto, no les fastidia el hedor, y así, cualquier cosa de ocho días muerta, con gusanos, la comen.

Son glotones, epicúreos, flojos y holgazanes. Sus mujeres son las que, de día y de noche, buscan las comidas y las hacen, mientras ellos duermen ó se pasean; y suele un indio tener un montón de tunas á la cabecera, cuando se echan (sic), tamaño como una fanega de otro cualquier género, y aquella noche, sin levantarse la cabeza, lo come todo y aún amanece hambriento á pepear las cáscaras que ha tirado. Comen sal, y, si les falta, comen un género de yerba, como romerillo, quemada y hecha ceniza, en su lugar. Beben cualquiera agua muy bien con las manos, cuando están en ella, y, cuando lejos, cargan las indias doce ó catorce nopales huecos, llenos de agua, sin que aquellas babazas le quite(n) el gusto,

en unos cacaxtles de red, armados en dos arcos de palo, del grosor de un dedo, los cuales cargan á las espaldas de la frente, en que cabe una fanega de trigo; en sus paseras, distantes del agua, hacen unos hoyos, al modo de un pilón de azúcar, en el suelo, muy bien pisado; por encima, unas varillas y zacate, y allí machacan las tunas, de tal modo, que el hoyo se va hinchiendo del zumo, y de aquello beben, con que matan la sed y refrescan mucho.

Toda cuanta solícitud ponen en hacer pasa y *mezquitamal*, que podían tener para todo el año, descansadamente, les dura sólo el tiempo que las frutas verdes, caso de notar cuán poco proveídos son, pues los consumen en sus glotonerías, sin cuidado de guardar para mañana, comiendo más por satisfacer el vientre, sin hartarse, que por conservar, como hombres, la vida; levantándose ansiosos por la mañana á buscar el sustento de aquel día, como propiedad de brutos irracionales.

Y si esta gente tuviera la religión cristiana y en amor de Dios pasara los trabajos, hambres, como desnudeces, aficciones que padecen, no hay duda sino que fueran á gozar de las eternas moradas, teniendo la perfecta pobreza que Cristo Señor Nuestro dijo habían de tener sus discípulos.¹ Mas, oh, Saber Infinito, qué permitas por tus secretos juicios que esta gente, redimida con tu preciosa sangre y llamada por ti á aquella gran cena, puesta la mesa de tu sagrado evangelio,² convidando á todos, por medio de tus pregoneros [cual son los predicadores], á que, vestidos de boda, vayan al convite que con tus entrañas abiertas tienes aparejadas, esté tan ciega

¹ Lucas, 12.
² Matheo, 12.

en sus vicios, tan olvidada de su Criador, á quien debían aquel reconocimiento, y dejada de su bendita mano, desnudos de toda virtud, los lleven amarrados á dar el pago de sus maldades al fuego eterno, diciendo con razón que en este mundo han pasado un infierno temporal [que tal es su vida] y en la otra el eterno, del cual, Señor Infinito, te ruego me libres por los méritos de tu sagrada pasión y no mires las ofensas que cada día, como flaco, contra ti cometo, y me des tu gracia, pues sin ella, como dijiste por San Juan [sin mí no haréis cosa alguna],¹ es imposible llegar á gozar de tu divina presencia.

CAPITULO IX

CÓMO COMEN CARNE HUMANA ESTOS INDIOS.

La costumbre de comer carne humana en el mundo, es muy antigua, y así parece de aquellas mujeres de Samaria que comieron (á) el hijo, según cuenta el cuarto de los reyes;² los masageetas, los seitas (sic por celtas) la acostumbraron comer, como en diversas historias se cuenta; siendo gente cruel y bestial, acostumbrados á tener por manjar las entrañas de los hombres; de los tártaros se dice que asaban (á) los hombres enteros y después con los dientes los despedazaban, habiéndoles primero bebido la sangre; de otras muchas naciones se cuenta lo mismo, y el P. Joseph de Acosta, en su Historia Natural y Moral de las Indias, dice la comían los indios de Nueva

¹ Juan, 15.
² Rey 4, cap. 6.

España, en sus sacrificios, en mucha cantidad. Entre esta gente de este Reino es tan usado, que así del enemigo como del amigo la comen, con esta diferencia: que la del amigo comen en fiestas y bailes, á fin de emparentar con el difunto, la carne hecha en barbacoa y los huesos bebidos, y molido el polvo, en el diabólico brevaje de su *peyote*,¹ con que se emborrachan, como adelante diremos; mas la del enemigo la comen por vía de venganza, — ¡qué bestialidad! — por costumbre que tienen, como gente habituada á comer cuantas carnes y inmundicias hay, y medio crudas. Y á mí me ha acontecido dar en algunas rancherías á tiempo que hemos hallado los huesos de los difuntos, roídos y puestos en un petate, con evidentes muestras de haberlos hecho en barbacoa, y ser acabada de comer la carne, y estar ya para comer los huesos, para beberlos en su *peyote*; y hallados, los he hecho quemar. Guardan siempre el casco de arriba de la cabeza, y beben y comen en ellos (sic), y me ha acontecido mandar quemar en una ranchería veinte y treinta juntos, cosa horrible y mo(n)struosa. Una india ladina de hacia la sierra que llaman Tamaulipa la Vieja, informándome de ella, me dijo que la carne del amigo la comían las mujeres de la ranchería, y los varones no; que los huesos sí bebían todos en común. También los huesos muelen en seco, medio quemados, y los revuelven con el *mezquitamal*; ya ha acontecido lo comen, como yo vido (sic), saliendo á una entrada en la compañía del

¹ Bebida que, según una relación antigua, "Se hace de una especie de *vinagrilla* del tamaño de una bola de truco que se cria en terreno seco y estéril, y mojóndola, la ponen en unos morteros de palo á fermentar con agua, y para avivarla más, la echan una ó dos hojas de tabaco, en cuya forma la beben los indios gentiles [previas unas revanadas del propio *peyote*] en los bailes más solemnes, no obstante que los entorpece y facilita sombras muy funestas."—G. G.

Capitán Bernardo García de Sepúlveda, que los indios amigos y los compañeros hallaron un petate de *mezquitamal*, de que muy gustosos comían por el camino; y aunque los amigos sabían lo que tenían (sic) revuelto, porque lo v(e)ían, como quien en la color ó gusto lo habían experimentado, callaban y dejaban comer á los españoles, hasta que, de allí á seis días, que ya habían comido demasiado y llegado á la villa de Cadereyta, el capitán de los amigos lo declaró y, para mayor verificación, mostraba los huesecillos que no se habían bien molido, y por el asco de algunos, soldó la cosa con decir eran de venado; á mí me dijo no eran sino de gente, y después lo he sabido de diferentes indios, cómo es costumbre en general de todos.

CAPITULO X

DE LOS REGOCIJOS Y MITOTES DE ESTOS INDIOS.

La cosa más común y que frecuentan mucho los indios en esta tierra, es sus bailes y mitotes, los cuales sirven en todas ocasiones, porque ellos los hacen para sus regocijos, también para sus monipodios y alzamientos y platicar enemistades y guerras con los españoles y otros de otras parcialidades; hácenlos también para hacer las paces, y, como les sirven á tantos efectos, los hacen muchas veces, y en particular el verano, porque, como á ese tiempo tienen las trojes, que Dios Nuestro Señor, proveedor general del mundo, les ha llenado de todos los géneros de frutas y comidas que en la tierra hay, y ellos usan, no se ocupan en otra cosa más que en sus bestialidades. Son en esta forma: en cualquier género de mito-

te es costumbre tener cogido mucho *peyote*, y, si en su comarca no lo hay, lo envían á buscar ocultamente, ó por vía de mercancía, con cueros ó flechas, que es su moneda; envían á los que han de convidar, una flecha, si es para regocijo, sin piedra, y colgados algunos huesos ó dientes de animales, y á señalar el día, los cuales (invitados), si la reciben, están en obligación de venir, que raras veces rehusan. Vienen ese día sobre tarde, embijados, y los que son casados, almagrados (en las cabezas, y encebados con cualquier género de cebo, que se mueren por él. Los que hacen el baile, todos aquellos días cazan, y buscan sus comidas, y hacen muchas barbacoas, y que sacan aquella tarde y ponen allí, y llámanle montón. Llegado el día, van llegando los convidados y se ponen cerca, á un lado, sin hablar palabra ni saludarse, que no es costumbre en ellos, y se sientan al cabo de rato, y poco á poco traban pláticas, y así hacen los demás; desde prima noche hacen un fogón, para lo cual tienen gran cantidad de leña junta, y empiezan á tocar unas calabacillas con muchos abujericos y dentro muchas piedrezuelas de hormiguero, y en unos palos de ébano y otros palos de otros, muy rayados, hondos, de forma que pasando recio otro palillo por encima de las rayas, hace un agradable sonido; y empiezan á bailar indios y indias, en una ó dos ruedas, en torno del fuego, los pies muy juntos, los codos salidos y las espaldas medio agachadas; dando saltitos adelante, casi arrastrando los pies y tan juntos, que la barriga del uno va topando en las nalgas del otro; sin discrepar un punto el uno del otro, cuatro ó seis horas, sin cesar, desde que está ya la noche obscura, cantando á su modo las palabras que quieren, sin tener sentido, sólo consonancia, y van en ellas tan pare-

jos, que no disuena el uno del otro, sino que parece una voz sola; entran en este corro todos los que quieren, algunas veces ciento, otras más y menos; beben el *peyote* molido y deshecho en agua, la cual bebida embriaga, de manera que les hace perder el sentido y se quedan, del movimiento y del vino, en el suelo como muertos. A estos tales, cogen entre dos ó tres, y con unos picos de un peje, llamado abuja (sic por aguja), que son de poco más de un jeme, como la mitad de un cañón acanalado, y en los dos bordos de la canal muchos dientes blancos, tan juntos y menudos como alfileres, les arañan desde los hombros hasta los tobillos y hasta las muñecas de las manos, de donde les sale cantidad de sangre, y con ella los embarran todo el cuerpo, y de esta suerte los dejan hasta que se les quitan (sic) la borrachera. En amaneciendo, como á las nueve, que ya están recordados, y quieren irse los convidados, les van repartiendo aquella comida y algunos cueros de venado, que es lo que ellos más estiman, en esta forma: toma el capitán de la ranchería, ó, por mejor decir, el convidador, y conforme la gente (que) hay, hace las particiones, y á cada uno, en la parte donde está, le lleva desde el montón la suya, y allí se la pone en el suelo ó la tierra, sin hablar palabra, y así á los demás, los cuales, cuando quieren, se van desapareciendo, sin más despedim(i)ento que lo que digo.

Para convocar á guerras, el mensajero que envían lleva unas flechas con piedra, y ensangrentadas, y con ellas convida al mitote, al cual vienen el día citado; se las reciben, y en él se aunan. Cuando es para hacer paces, envían el recaudo y una flecha sin piedra, lisa, sin embije (sic por bija) ni untura, y queda hecha la amis-

tad, mientras que con su frágil condición, por leves causas, no la quiebran.

Hoy no ven visiones ni tienen apariciones algunas en estos bailes; antiguamente las debieron de tener, mostrándoseles el demonio á cada nación en la forma que le parecía, de que no hay duda sino que tomaron el retrato en las rayas y cabellos, según es la variedad de ellos, en todas las rancherías de este Reino; porque, como padre de mentiras, los engañó y dejó tan industriados en la bestialidad y engaño que hoy viven, que no ha tenido necesidad muchos años ha de recorrerlos, porque ha visto que, según la tienen arraigada y la mala inclinación que tienen, por mucho que los religiosos quieran y hayan desveládose desde el principio de la población de este Reino, es imposible la conversión de ellos, si no es con la ayuda de la mano de Dios y con particular auxilio suyo, como mies cultivada (sic) del enemigo universal del género humano, que no puede llegar á la fuente del sagrado bautismo, que es el medio por donde habían de gozar de la bienaventuranza.

CAPITULO XI

DE LOS AGÜEROS, EMBUSTES Y HECHICERÍAS QUE TIENEN.

En todo el universo mundo, en todos tiempos y naciones, ha habido hechiceros y encantadores, y conforme ha sido la capacidad de las gentes, así ha sido el arte ó engaño con que el demonio los ha tenido sujetos. En el sagrado libro del Exodo, ¹ (se) dice que cuando Moisés fué á pedir licencia

¹ Exodo, 7.

para sacar su pueblo á orar al desierto, que por señal convirtió su vara en culebra; los hechiceros de Egipto hicieron lo mismo; y en los Números, ¹ que el Rey Baal (sic por Balac) llamó, para maldecir al pueblo escogido, al hechicero Balaam; y en el primero de los Reyes, ² Saúl, temeroso de los filisteos, habiéndose partado (sic) Dios, él consultó á la Pitonisa hechicera, que llamó á Samuel; y en otros diversos lugares de la escritura, y en muchas historias profanas; y en las de estas Indias Occidentales cuentan Gomara, el P. Joseph de Acosta y el P. Fr. Juan de Torquemada, los había en mucha cantidad, habiendo muchos sacerdotes, y todos hechiceros, y con hechizos y encantamientos querían impedir la entrada á los españoles en México. Todos estos necesitaban de conjuros, palabras, fuera de yerbas y confusiones para sus unturas, porque las personas con quien trataban eran de más capacidad, y sin demostraciones evidentes no creyeran los engaños de éstos, con que les movían á hacer cuanto querían, reverenciándolos como á cosas divinas.

Pero entre estas gentes de este Reino, como más torpes de entendimiento, más crueles y bestiales, no necesitó el demonio de buscar artes ni nuevas maneras para engañarlos, pues, para gente tan suya, de tan flacas murallas, poca munición había menester para su cotidiana batería; tomando por medio unos indios viejos, que se hacen curanderos, con los más ridículos visajes y acciones que se pueden ver, y todas sus curas paran en chupar la parte que duele, llevando escondido en la boca algún carboncillo, piedrezuela, espina ó hueso, y luego van dando arqueadas,

¹ Números, 22.

² Rey, 28.

como cuando un perro quiere vomitar; y con ellas y veinte regüeldos, hacen que aquello que llevaba(n) escondido, saca (sic) del pecho, donde con los chupetones se le(s) había metido; muéstranlo á la gente y al enfermo y apártanse lejos á machucarlo entre unas piedras, y esto hacen tres ó cuatro veces y cada vez llevan en la boca lo que á mano pueden llevar, donde machucan lo que han fingido sacar. Con este embeleco y la fuerza de la imaginación, que es poderosa, como dice el Padre Juan Eusebio en su Filosofía Curiosa,¹ cuando se aprende, sana el enfermo, de la misma suerte que se muere aquel á quien algún embustero de éstos dice que ha enhechizado, que, estando bueno y sano, muere, ó falta la vista, ó le sucede aquello que el hechicero le pronostica; y así, es terrible el cuidado con que vive(n) cuando pasan por tierra ajena, ocultando lo que tiran de la comida, como son las cáscaras de tuna, y así de lo demás, por no ser enhechizados.

Los que habitan de Monterrey para Oriente, no tienen otro agüero; los que habitan al Norte acostumbran, si sueñan que ha de morir alguno, (ú) otros semejantes sueños, matar al hijo, ó hija, ó otro muchacho cercano en parentesco, como usan los indios alzapas y de aquella cordillera; y suele Dios permitir, para que más confusos y ciegos queden, suceda como ellos imaginan, porque no conozcan la luz, metidos en sus horrores, y las más veces muere, así el enfermo como los sacrificados en su lugar, porque quien es muerte, mal puede dar vida, sucediendo, por estar en sus agüeros y tener fe en quien es padre de mentiras, lo que á Ochosías, Rey de Samaria, por consultar á Belcebú.²

¹ Juan Eusebio, lib. 2; in totum, par. 1.

² 4 Rey, 1º.

El Capitán Gonzalo Fernández de Castro, hombre de verdad, me contó que, estando en una hacienda suya, que se llama La Pesquería, oyó una mañana ruido en la rancharía, de su gente que estaban de pie en la labor, y fué allá y vió que un indio capitanejo estaba torciendo la cabeza á una hija suya, de hasta siete años. Viendo tan horrendo caso, lo riñó y quitó (á) la muchacha, medio ahogada, el cual le dijo: Señor, déjamela matar, porque anoche soñé que esta sierra se caía y nos había de matar á todos, y hundirse el mundo [es una sierra alta, áspera y no se puede subir á la cumbre, es la del Potrero]. Divirtiolo de aquel mal pensamiento, cuidó de la muchacha, que vivió, y al siguiente día, al amanecer, se desgajó de lo alto de la sierra una gran peña, que, descajada de su centro con el sol, naturalmente, y carcomida del pie con las aguas que en discurso de tantos años como ha que Dios la crió allí, han caído, movida quizá de algún viento, con el mucho peso y poca consistencia, cayó, y como de tan alto venía, dando saltos y porrazos en otras de su calidad, se partía, cuyos pedazos, con los que de su encuentro caían, hacían un estruendo temeroso, que, oído del indio, fué corriendo á su amo á dar voces: ves, señor, cómo se hunde el mundo; tú tienes la culpa en no dejarme matar á mi hija. No pudo sin alguna confusión estar al principio el Capitán Gonzalo Fernández, hasta que, con el día, sosegó el ruido, y así lo hizo (con) el indio con razones naturales, como hombre cristiano y de buen entendimiento, para que el indio conociese cómo todas aquellas eran ilusiones del demonio, y cómo quien sabía el día, poco más ó menos, en que podía caer aquella piedra, según el flaco lugar en que estaba y su mucho peso, se lo representó en sueño, para que, siendo homicida

de la hija, tuviese el aquel rabioso pecho en algo consolado con lo hecho en la criatura, ya que no pudo en el Criador, como el perro que, no pudiendo morder al hombre, muerde á la piedra que le tiran, como si en eso aplacara algo de su dolor.

No temen los rayos; si hay tempestades con muchos truenos, dan gritos y también sale alguno de carrera de su rancho, y como que está cólerico, hacia la parte donde está la nube, le tiran (sic) piedras, palos y tizones; y haciendo visajes, y vuelve á su rancho como si hubiera hecho alguna hazaña de consideración, más confiado de que con aquello había de sosegar la tempestad; que así iba el caudillo del pueblo escogido cuando hirió á la peña para que saliera el agua, pareciendo imposible, y más que el profeta Elías cuando, habiendo visto la nubecita del tamaño del hombre, como delante de la carroza del rey, dándole prisa, porque no le cogiera el agua en el camino.

CAPITULO XII

DE LOS CASAMIENTOS.—POCO EMPACHO Y VERGÜENZA QUE TIENEN.

Natural ha sido siempre, desde que se celebró el primero en el deleitoso jardín, el matrimonio, medio con que se multiplicó el mundo dos veces. Si bien al principio fué cada varón con una hembra, vemos también que muchos hombres justos, como Abraham, David y Salomón, tuvieron muchedumbre, y el postrero, como lo dice el tercero de los Reyes,¹ llegó á tanto exceso, que tuvo se-

¹ Rey, 11.

tecientas legítimas, trescientas concubinas. Hase extendido tanto, que todas las naciones del mundo lo han continuado hasta el tiempo presente, y no ha(n) faltado naciones que las hayan tenido (á las mujeres) comunes á todos, de que están las historias llenas. En las Indias, generalmente se ha usado, y los señores más que los plebeyos, conforme la posibilidad (que) cada uno tenía.

En esta gente de este Reino, con verdad ni se puede afirmar si son las mujeres de un varón solo ó si son comunes á todos, porque cuando está algún indio con su mujer, á pocos días tiene otro marido, y él otra, y otras mujeres, que usan las que quieren, y esta mudanza es en la propia ranchería; y son tan fáciles en esto, que sin causa eligen el marido que quieren, y así hay, en una ranchería, india que tiene cuatro ó cinco hijos y cada uno de su padre, y todos presentes, y andan ellas de uno en otro, como los muchachos dicen: salta tú y dámela tú; y teniendo tres ó cuatro mujeres, duerme el indio en medio de ellas, que entre ellas no hay celo, antes mucha conformidad; sin empacho ni vergüenza, duermen asimismo los hijos y otros hombres en el ranchillo, que están todos acurr(uc)ados, cual suele el ganado ovejuno, el estío, debajo de algún árbol; en cuya presencia, eso sea de día que de noche, tienen sus actos carnales y otros, que es vergüenza decirlos, perdiéndola de todo punto, más que los brutos, pues se lee en las historias antiguas y modernas la castidad que el elefante guarda, pues tales actos excusa le vean hacerlos otros, escondiéndose en lo más oculto de los montes, ejemplo con que la Divina Justicia ha de confundir á este barbarismo por haber perdido, con la razón, el distinto que los animales conservan, sin tenerla.

En (sic por el) casamiento entre ellos, es confor-

(instinto)